

nuestros compañeros del Japón, cuyo trabajo lo firmaba «un viejo anarquista».

He aquí los párrafos más salientes:

«No; los hombres no nacen libres e iguales, como dijo el espíritu libertador de la humanidad por la palabra de la Revolución en el último decenio del siglo XVIII; lo sostiene el verdugo en el último decenio del siglo XX.

«Acaten esa negativa los tradicionalistas, los creyentes, los reformadores, los posibilistas, los prácticos y hasta los librepensadores y radicales que pretenden justificar su traición a la libertad y su adhesión a la república con su falso concepto de la naturaleza humana.

«El anarquista no.

«Con la frente alta, la mirada serena y la actitud tranquila, con la dulzura del hermano, con los que acepten la fraternidad, con la dignidad enérgica del rebelde contra los explotadores y tiranos, el anarquista protesta contra el verdugo de Chicago, contra el pelotón ejecutivo de Montjuich y contra el verdugo de Tokio.»

Sería largo hablar de lo mucho y bueno que escribió Anselmo Lorenzo, lo cual sirve y servirá para orientar a la juventud anarquista en el laberinto de esta sociedad, en donde se tropieza con tantos escollos y podredumbre para salir adelante con nuestro ideal.

El recuerdo de Anselmo Lorenzo quedará grabado en la mente de los que le conocieron, le oyeron y le leyeron, como un ejemplo del obrero fuerte de voluntad y de cerebro que supo escalar un alto puesto del racionalismo humano.

Cuando la humanidad cuente con algunos millares como Anselmo Lorenzo, la emancipación estará próxima a realizarse y la Anarquía se preparará a cubrir con su manto a la nueva sociedad de los hombres libres.

Quien sepa y quien pueda debe sumarse a estos millares para que se transformen bien pronto en millones, traducidos más tarde en infinitos átomos de libertad que se esparcirán sobre la tierra para hacer a los hombres dichosos.

Sepamos hacer revivir la fuerza moral e intelectual de un hombre, de un obrero, de un anarquista, que la historia del proletariado militante recordará a las generaciones futuras con el nombre de Anselmo Lorenzo.

Jaime Vidal



Mi homenaje

Si es cierto que la muerte es una consecuencia de la vida y como a tal debemos acatarla, no es menos cierto que poseemos un órgano sensitivo en el que se reflejan tanto las tristezas como las alegrías que hacen vibrar nuestros sentimientos y nos emocionan.

La muerte del inolvidable Lorenzo, aunque personalmente no hemos llegado a conocerle, pero sí conocemos un poco de su vasta obra de emancipación y regeneración humana, nos ha causado un profundo pesar, no sólo porque es uno de los nuestros que desaparece de la lucha, sino porque era innegablemente uno de nuestros mejores maestros, cuya vida recordaremos siempre, hasta en los momentos más desoladores, como ejemplo a seguir, para aconsejarnos, para fortalecer nuestros entusiasmos y aumentar nuestras energías para proseguir la marcha en pos de la conquista integral de nuestros postergados derechos de hombres libres, de hombres que aspiran a constituir una sociedad libre sobre una tierra libre.

Lorenzo ha muerto justamente en uno de los más críticos momentos de traiciones y desviaciones que nuestras ideas han

atravesado en su ya largo apostolado; ha muerto cuando su preciosa vida, su brillante pluma y su autorizada voz eran indispensables como nunca fueron en el medio siglo que venía propagando a los desheredados, a los sedientos de amor, de paz, de justicia, que desde la implantación en nuestro planeta del sistema autoritario imperante y de la institución de la propiedad privada, sufren el yugo opresor de la más vil de las explotaciones que la desenfrenada ambición de los privilegiados hizo fecundar por medio de los monopolios político-económico-sociales en los que prevalece y subsiste el caduco derecho de sucesión y acceso, originario en los arcaicos códigos romanos.

En la obra de Lorenzo se transparenta a cada momento el optimismo idealístico que era la característica de aquel cerebro potente y corazón noble, que tan bien comprendió las leyes sociológicas y que como ninguno se asimiló las doctrinas que Fanelli propagó en España en tiempos de La Internacional, de la que Lorenzo fué uno de sus más audaces y dignos continuadores; todavía, sus conceptos, sus afirmaciones sociológicas, sus preciosas enseñanzas para los nuevos que encuentran exageradas las concepciones filosóficas de la Anarquía, para cuyos cerebros, si las ideas en su principio de elaboración no están sometidas a metódica condensación, serían de asaz difícil y laboriosa comprensión.

Las leyes naturales son inimitables, y siendo el individuo una partícula de la Naturaleza, no podemos substraernos a sus lógicos efectos. Lorenzo no podía, pues, ser una excepción; pero no siendo cosa fácil suplir su falta, esforcémonos por imitarle lo más posible, que ese será el mayor homenaje que podemos prestar a aquel que a través de su larga existencia jamás conoció el desfallecimiento, no abandonó un momento el camino trazado, ni se desvió un ápice de la senda emprendida.

Asociémonos con el alma y el corazón al homenaje póstumo que los camaradas españoles prestan a la memoria de tan ilustre compañero, poniendo sobre la tierra fría donde reposa su cadáver, un puñado de flores silvestres para perpetuar el recuerdo y admiración de este humilde desconocido.

La vida sin la muerte no tendría razón de ser; no lloremos, pues, a Lorenzo, que la hora no es para lágrimas.

Giordano Bruno

Guipilhares (Portugal) 1915.



¡Anselmo!

Materia que sujeta al transformismo, transformóse dejando al anarquismo sin uno de sus más valientes defensores, pues fué la Acracia el sueño de sus amores por quien luchó con nobleza y heroísmo.

Dejando estela luminosa, como ráfaga de luz pasó el sociólogo; a muchos con su ejemplo y su palabra alzó del lodo, los que han de seguir y conquistar de cualquier modo el bello patrimonio para todos.

¿Llorarlo? Que lo lloren otros que yo llorar no puedo.

¿El luto? Grabado en el corazón lo llevo. Olvidarlo nunca podrá quien le leyó, y mucho menos, si leyendo sigue, las obras que con arte escribió.

¡Llor al maestro que en el transcurso de su vida luchadora por la idea sacrosanta y redentora pudo despreciarlo todo!

Chiclana.

Ile Gales

Al llorado Lorenzo

Cuando recibí la fatal e inesperada noticia dándome cuenta del fallecimiento del sabio y llorado Lorenzo, fué tan brusco el golpe psicológico que se apoderó de mi ser, que por unos instantes dudé de mí mismo.

Parecíame haber perdido el conocimiento; en torno de mí no veía más que sombras: fué un momento terrible. Como un hambriento devoré por milésima vez la funesta cláusula que me notificaba tan triste nueva; pero con los ojos amargados por el inmenso dolor que experimentaba mi vida interna, me convencí al final de tan amarga realidad.

¡Pobre Lorenzo! Tú, que con tu erudita y noble oratoria dulcificabas las penalidades en que se ve postergado el proletariado humano; tú, que con tus sabias doctrinas armonizabas esa palpable desorganización social; que sacrificabas tu delicado organismo en pro del más puro y bello de los ideales, desapareces de entre nosotros, de entre tus hermanos queridos, precisamente cuando era más necesario tu valimiento para combatir y ridiculizar esa hecatombe europea.

No, Lorenzo; tú no has muerto, tú espiritualmente vives entre nosotros, porque al leer tus obras se nos aparecen como un hada bienhechora, trazándonos el camino que debemos proseguir para llegar al final apetecido.

Y cuando nos reunamos contigo allá, en el mundo de la nada, te rendiremos minuciosa cuenta de nuestra sucesiva labor redentora y entonces verás que esa fructífera semilla por tí sembrada, ha germinado en nuestros corazones, cual era tu deseo.

Vicente Serra

Gironella 27-1-915.



El Hombre

No conocíamos personalmente a Anselmo Lorenzo. Su obra, si no en toda su vasta extensión, sí la conocemos lo suficiente para poder juzgar, según nuestro criterio, del hombre, del literato, del pensador y del apóstol. Porque estos cuatro atributos, sublimados por un heroísmo de que la historia proletaria no ofrece muchos ejemplos, constituyen la personalidad ingente, robustísima, del titán de la voluntad y de la abnegación que motiva estas líneas.

Si llevados de nuestras aficiones literarias admiramos en Lorenzo al escritor culto, atildado, amigo de la forma y fanático del fondo, esta admiración queda eclipsada ante la consideración, casi inexplicable de que en España, en la nación que guarda como sus más nobles ejecutorios, como sus más altos timbres de gloria la leyenda de un Cid, el testamento de una Isabel I, el gesto de un Felipe II, pudieran surgir caracteres como el del hombre insigne de que nos ocupamos.

Y este carácter de hombre a lo Gorki se desenvuelve en medio del período más crítico de la historia de España: cuando las ideas luchan con la demencia; cuando la herencia espúrea de la gran revolución, ahogada por un Thiers, toma como fórmula precisa de suprema impotencia la criminal y celeberrima frase: «Hay que exterminar a los lobos, a las lobas y a los lobeznos»; y es recogida esta herencia por los estadistas españoles y ferozmente aplicada como único resorte de gobierno capaz de garantizar el infame orden social que domina al mundo y preferentemente a España, entonces... ¡oh! entonces, el ánimo

queda suspenso, la imaginación abate sus alas, porque no se concibe entereza tanta, abnegación tanta...

Este es Anselmo Lorenzo. Ni el gobierno neroniano de un Cánovas, ni la hidrofobia de un Maura, ni la vesania de un Cierva, ni la tétrica significación de un Montjuich, alteran un solo músculo de su anatomía moral. Ni las ingratitudes de amigos, ni los tremendos conflictos que a las grandes ideas ocasiona la falta de sentido moral, la deficiencia de comprensión, la falta de instrucción y educación moral y sociológica son obstáculos a su marcha augusta, precisa, segura, triunfadora... ¿Por qué no triunfadora?...

No es el literato, ni el pensador, ni el apóstol, con disfrutar de esas excelsitudes: es el HOMBRE. El Hombre que desafía furiosos, inclemencias, cataclismos... ¡Y vence! Vence siempre, y con la sonrisa en los labios y la Justicia por lema, desafía... desafía... y triunfa.

Anselmo Lorenzo, como han dicho algunos biógrafos y yo corroboro, tiene su escuela, de la que él es uno de los principales restauradores, ya que su origen se pierde en las nebulosidades de la Grecia gloriosa: la escuela de los severos sin dominismo; de los puros sin pretensiones; de los austeros sin dogmatismos.

Junto al suyo, formando parte de esa corta, pero lucida representación de tan noble escuela, pueden colocarse algunos nombres igualmente augustos. Citaremos tres, cuya materia ya pagó también su tributo a la eterna evolución de la materia cósmica: Luisa Michel, la excelsa Virgen Roja; Fermín Salvochea; Juan José García del Río. Al trazar este último nombre sobre las cuartillas, una ola de ahogante sentimiento invade mi ser... y una corriente magnética recorre mis nervios, poniéndolos en tensión, pensando en que la *gratitud* de los hombres, de ciertos hombres; la *innata valentía* de las multitudes que poseen el secreto de la piedra filosofal; el imperio de los *científicos*, me impidieron en su día rendir el tributo de mi admiración, de mi fraternal cariño al amigo cariñoso, al maestro indulgente, al hermano del alma.

M. López y Teresa (su compañera)

Grazalema.



Por qué lo quise

Siempre me inspiraron viva simpatía cuantos pusieron de acuerdo sus actos con sus pensamientos, particularmente aquellos cuyos cerebros al deducir y hacer aplicaciones a la vida social juzgaron imprescindible mantener su existencia afirmando el pan, el saber y la consideración fraternal de los hambrientos, de los ignorantes y de los despreciados.

Por eso quise intensamente a Lorenzo y siento aún de modo vivo el dolor de su muerte, siquiera lo atenúe el convencimiento de que la pureza de sus ideas de equidad social y de sus actuaciones personales perdurarán sobre sus amados compañeros de trabajo, dándoles aliento en su inalienable labor reivindicadora, en ese justísimo ejercicio cada vez más urgente por lo vigoroso y progresivo del esfuerzo de desviación atávica perpetrado por muchos intelectuales que por egoísmo racional debieron haber estado en todo tiempo al servicio de los oprimidos en lugar de subordinarse a los privilegiados, movidos por el torpe deseo de asiento en la orgía de la vida.

T. Navarro Mingote